

TOMAS BUESA

Hace cuarenta y tres años empezábamos un curso en la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza. Triste me pareció entonces y triste lo veo ahora, tan lejos. Aquella Universidad mal podía satisfacer los apetitos menos exigentes. Y, sin embargo, estábamos un grupo de mozos que teníamos la vida llena de ilusiones. (Supongo que nuestras compañeras también.) Pero 1941 no era un año en que los olmos pudieran dar cosecha de peras. En aquel primer curso pocas cosas podían interesarnos: algún profesor que procuró no venir nunca, aquel otro que explicaba cosas tan profundas como haber visto en Oslo (eso sí, muy lejos) a una mujer con pantalones o el último que acabó yéndose hacia campos que nada tenían que ver con nosotros. Si alguien se decidía por la didascalia, nuestros pocos años traducían por terror. Nunca he entendido que sea bueno el profesor que como norma emplea la de atemorizar a los mozos recién llegados, pero así era. Nuestras esperanzas se remansaban en el nuevo catedrático. Sí, llegó. Y, a él, seguimos todos nosotros llamándole maestro.

El panorama de aquel curso (latín, griego, historia, filosofía, literatura, francés y no sé si algo más) era muy oscuro. La Universidad nada nos decía, y sin embargo, teníamos unas ilusiones que trataron de destrozarnos con la más ahincada de las decisiones. Fuera de las clases, unas dificultades que apenas sabíamos: racionamiento, falta de carbón, de pan, de carne, de todo de todo. En Zaragoza habían rehecho el café de Ambos Mundos y alguna vez nos pudimos asomar a él. (No, no había tampoco ni café, ni para café.) Paseábamos por las

calles menos aireadas y aprendíamos la topografía urbana menos agresiva. El cierzo, siempre el cierzo, nos cortaba la cara y, en seguida, cristallitos de hielo quedaban entre el pelo. Nuestro refugio eran las calles estrechas (Dormer, Forment) o los lugares calientes (teléfonos donde nunca esperábamos poner ninguna llamada, ni sonaría nuestro nombre para entrar en una cabina). Algún día de mucha fiesta, un café en la calle Blancas y largas horas de palabras ante la taza vacía. ¡Cuántas caminatas porches arriba, porches abajo, para cruzarnos siempre con las mismas caras desconocidas o la trivial esperanza de encontrar al amigo! Eramos de Letras y nuestras compañeras no nos hacían mucho caso. ¿Qué podían esperar de nosotros? Aquello de "Yo no nací sino para quereros", o lo de "Bella y más pura que el azul del cielo", o lo de "Tú mi bien y mi alegría". Ellas que veían apuestos uniformes y no el desastrado desgaire de aquellos mozos que cruzaban los descampados de la ciudad universitaria, persiguiendo a un tranvía. (Sí, en la parada siguiente cobraban cinco céntimos menos.)

Y, sin embargo, a nosotros, los del Goya, que nunca tuvimos casa propia (que si los jesuitas, que si el Servet, que si la escuela de comercio, que si la Universidad vieja), la Facultad nos deslumbraba. Según se entraba, a la derecha, estaba el androceo y, frente (no hace falta ser más sutil) el gineceo. Salíamos de las primeras clases y los recién llegados nos íbamos a nuestro cuarto: atalaya de ojeo y refugio de defensa. Teníamos sitio para todos, pues los otros, los de los cursillos intensivos y los veteranos de la guerra y los mayores que nosotros, ya paseaban por los pasillos, y aun se emparejaban mozos y mozas. Pero nosotros éramos gallinas en corral ajeno. Y teníamos en la salita recoleta una especie de aseladero entre clase y clase. Tras los cristales, podíamos ver a nuestras compañeras que, probablemente, ni nos miraban con el rabillo del ojo. (Y dicho sea en elogio de ellas.) Los del Goya (el instituto con sus grandes, egregios, maestros era sólo un colegio para niños pobres) formábamos parvada. Como éramos el único grupo de presión (es un decir) en la compañía teníamos nuestra fuerza: éramos los que gritábamos, los que nos reíamos, los que hacíamos los chistes de los profesores (y, alguna vez, el más circuns-

pecto nos llamaba al orden). Además, sabíamos qué haríamos con esa carrera que por aquellos días íbamos a empezar; al menos, algún maestro nos lo había dicho y él, si, él, nos dijo ya del nuevo profesor de literatura al que hablaría de nosotros. Aquellos mozos un poco gritones difícilmente nos hacíamos cargo de lo que aquella Facultad era, por más que tirios y troyanos nos lo decían. Costaba ver la realidad porque la habíamos presentido hermosa. Luego descubrimos que todo era cierto: clases no dadas o enseñadas con desgana e ignorancia (¿no será lo mismo?), mundo distante al que no dejaban asomarnos, incapacidad (de ellos) para distinguir el grano de la paja. A nosotros que veníamos del Goya y que sabíamos muy bien qué era un maestro. Nos fuimos desencantando muy deprisa, demasiado deprisa; nos quedó —de aquel primer curso— la imagen y la presencia del nuevo profesor de literatura. Los otros no supieron —era más cómodo no enterarse— que por sus manos pasaron las vocaciones más entusiastas que en muchos años haya habido en aquella Universidad. Y, al evocarla (a la Universidad), tenemos que salvar a unos pocos, poquísimos profesores (los hubo) y nada más, como no sea el más triste desencanto. (Acaso también útil, pues nos hizo saber que la Universidad era otra cosa, por más que a ella quieran hacernos volver ahora.)

Entre clase y clase, muy pronto, a nuestro lado vinieron otros muchachos del curso. Empezaban, ¿quién lo iba a decir?, unas vidas que para siempre correrían juntas. Y el Goya fueron también ellos, y siguen siéndolo. Y nuestros maestros del instituto lo son de ellos, que nunca asistieron a sus clases. Pero acaso esa sea la fecundidad del magisterio. Y, sin saberlo aún, resulta que aquellos mozos del Goya acabaron todos rodeando al nuevo de literatura. Y, hoy, cuando los recuerdos se agolpan, cuando estoy a solas con los nombres, recuerdo una de aquellas tardes reviscoladas de mediado el octubre zaragozano. Se me acercó un compañero recién llegado. Oye, no conozco Zaragoza, ¿puedes venir conmigo? —¿Cómo te llamas? —Buesa, soy de Jaca. Y salimos juntos. El me acompañó a llevar unos talones que mi padre me había entregado y yo lo llevé a la estación —al otro lado del río—. Y hablábamos y paseábamos y fuimos juntos a buscar la ropa de soldado

(al pie de la Diputación, inevitable, nos hicimos la foto, que ya tiene un hueco), y fuimos a los primeros ejercicios. Así pasaron aquellos dos primeros cursos. Teníamos dieciocho y diecinueve años y no siento ninguna emoción por ellos. ¡Cuán diferentes otros que nos tocó vivir juntos!

Tuvimos que elegir especialidad. Dos de los nuestros marcharon a Madrid; otros dos, fuimos a Salamanca. La elección fue por un plato de garbanzos. Buesa había hecho un viaje de estudios. 1943. Seguíamos con dificultades, y sólo en Salamanca les dieron de comer; hasta podían repetir los garbanzos. De donde se infieren los inescrutables misterios de la Divina Providencia y de cuán extraños pasos llevaron a madurar vocaciones filológicas. Pero así son las cosas, y esta es toda la verdad. ¿Por qué no nos vamos a Salamanca? Yo no podía hasta el último curso. Y Buesa era mi ministro plenipotenciario: gestiones, apuntes, estímulos, cartas. Hasta que llegué un día a Salamanca la blanca. Lo he contado ya, pero no he dicho que el viaje fue, bueno, fue un viaje carpetovetónico. Llegué, llovía, estaba aterido, un día y una noche en tercera, por los pueblos más fríos del universo mundo, y por los transbordos más insólitos. Gritos en la estación, letreros alucinantes. ¿Y este Buesa? Tomé un coche de caballos. Adoquines mellados, tartana desvencijada, frío en los huesos, temblores en el alma. Y más agua y más agua. Me dejaron solo. El barrio Garrido está a desmano. Te quedarás el último. Pues, bueno. Pizarro, 21. Pase usted, pase. Tomás le está esperando. Pues vaya. Tomás dormía apaciblemente. Anda, ¿ya has llegado? Pues me he debido quedar dormido. (Digamos que no lo parecía.) Allí vivimos juntos hasta acabar la carrera. Días largos, pero tan otros. (En Zaragoza había quedado la novia, sí, la del primer curso de la carrera: todos los de Salamanca sois iguales. ¿Qué os dan en Salamanca?) Y ya escolarillos (a Salamanca irás, etcétera) y, luego, licenciados.

El nuevo de literatura me dijo: ¿Quiéres venir de ayudante a Jaca? Aquel día, en un coche de tercera, cumplí veintiún años. La llegada debió quedar en los anales urbanos. Iba solo en mi vagón y Buesa cumplió la promesa: en el andén estaba formada una banda de música, él, frenético, tiraba cohetes, hacía explotar petardos, cantaba el Gaudeamus. La benemérita

de fronteras no estaba por las celebraciones y enmudeció la charanga; se acabaron las detonaciones, y gracias a la dignidad de la familia Buesa nos pusieron en libertad. Empezaba otra etapa de nuestra vida, y volvimos a estar juntos: en la dialectología de campo, en el amor a nuestros hombres, en la devoción a nuestras tierras.

Pero antes de que nuestros caminos se apartaran, aún días de proximidad. El servicio militar, largas movilizaciones, escuetos permisos. Buesa en Jaca; yo en los montes de Navarra. Un día pasaba por Zaragoza: ven a ayudarme, llevo un moribundo. Y allí estaba, en la estación del Arrabal. Estaba él y estaba yo. Cambiamos de tren al poble soldado. En un compartimiento de primera iban a ir el tuberculoso y su guardián. Tengo orden de llevarlo vivo hasta tierras de Salamanca. El muchacho estaba lívido, sus ojos vidriados y una cobija lo envolvía hasta el cogote. No se puede morir por el camino porque menudo lío entonces. Al llegar a su pueblo, acabo el servicio y tengo tres días de permiso. Buesa iba más muerto que el moribundo. Lo tengo que reanimar con esta caja de inyecciones. Se presentía una noche toledana. Allí estuvimos hasta que el tren partió. En un compartimiento estrecho (tres plazas junto a los lavabos) iban dos hombres muertos por achaques distintos. Abajo quedábamos Elena y yo, escuchando el chan chan de las bielas y el estridor de los silbatos. La noche estaba como la boca de un lobo y las chispas de la máquina alumbraban —téticamente— una noche sin aurora.

Dejé Salamanca y Buesa siguió allí. Marchó a Colombia y nos buscamos en el regreso. Juntos —otra vez— a Andalucía, ya nuestra. Y la vida —como las paralelas en el horizonte— nos volvió a llevar juntos, y juntos hemos seguido, igual que en aquella tarde fría y triste en que cruzamos el puente de piedra. Y juntos hemos vivido nuestras alegrías y nuestras penas, nuestras ilusiones y nuestras amarguras. Y Carmina y Elena también juntas, y los hijos. Y las obras conjuntas y la América nuestra.

Han pasado cuarenta y tres años. Buesa fue uno más entre los del Goya y, para mí, la fidelidad inextinguible. He respondido con monedas de tan buena ley como la suya, aunque a

veces suenen impacientes o gruñonas. Pero somos sesentones (escribo en Málaga y el ventilador me ha traído un calofrío, sí, debe ser eso) y a estas alturas de la muerte, la fidelidad cuenta mucho más que la sangre. He escrito estas páginas que (a Dios gracias) nada tienen de científicas. Las otras, cualquiera pudiera firmarlas; éstas, no. Alguien hará un día los avatares de la dialectología aragonesa y ya puede saber por qué Buesa y Alvar aparecen muchas veces juntos. Escribiendo recuerdos, he hecho historia. Quiero creer que algunas páginas nuestras quedarán, aunque sea (ojalá) para contradecirlas. Todo empezó en 1941, cuando vino un profesor nuevo de literatura, y la Universidad de Zaragoza era muy triste, muy triste. Pero los mozos tenían un entusiasmo a prueba de cierzos y de hielos.

MANUEL ALVAR